más solidario. Un sueño éste bastante común por aquella época y al que hacíamos alusión a veces los que habíamos conservado una fe, cierta fe, en la revolución comunista. Nunca llegamos a saber, claro es, si ese sueño se habría convertido o no en realidad, ya que hacíamos depender la aparición de ese "hombre nuevo" de la victoria militar y del triunfo de la revolución, que no llegaron nunca. Pero hoy, a la vista de lo ocurrido en Rusia y en otras partes, creo que no hubiera surgido, aun después de la revolución triunfante, hombre nuevo alguno.

Mas dejando aparte ilusiones, sueños, engaños y fantasías de entonces, queda ahora con un valor permanente, por lo que representa y expresa, la revista *Hora de España*. Y queda también como algo aún válido la libertad del escritor, que defendíamos y practicábamos en la medida de lo posible. Esa libertad que entonces proclamábamos es sin duda una de esas verdades "que siguen siéndolo".

NOTAS

[1] Esta carta de Dieste así como otras aquí citadas, se encuentran recogidas en el libro suyo, póstumo, *Testimonios y Homenajes* (Laia, Barcelona, 1983). Algunas de ellas ya habían sido publicadas en J. Lechner, *El compromiso en la poesía española del siglo XX* (Universidad de Leiden, 1968); Francisco Caudet, *Hora de España (Antología)* (Turner, Madrid, 1975); y Manuel Aznar, *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana* (Laia, Barcelona, 1978). Los tres estudios me han sido muy útiles al tratar de ordenar estos recuerdos de *Hora de España*.

[2] Véase el estudio de Serge Salaün "Poetas 'de oficio' y vocaciones incipientes durante la Guerra de España", incluido en *Creación y público en la literatura española* (Castalia, Madrid, 1974), pp. 187-188.

LA VIDA (A) LEVE

LA MUSA CON VESTIDO A SU MEDIDA, II

Dos sonetos sobre el soneto traducidos por Ulalume González de León

EL SONETO

"¡No entraré en él!", exclama, y se ríe nerviosa.
"¡Voy a hacer estallar tu corsé de Procusto!"
Infla el pecho sumiendo su vientre, y un robusto
brazo aventura luego, de forma voluptuosa.

Gozo, pues soy paciente, batalla tan sabrosa.
En el vestido estrecho, que a su cintura ajusto,
logro hacerle pasar hombros, cabeza, busto
y, en un tira y afloja, toda su carne rosa.

Mi arte dibuja entonces, bajo el velo plegado,
la entraña palpitante y el contorno asentado;
y aunque flota la tela, la belleza se acusa.

Ella, así de sencilla, luce bien ataviada.
Nada le resté al alma ni añadí al cuerpo nada:
así a la mujer quiero, así quiero a la Musa.

Joséphin Soulary (1815-1891)